

Le ha gustado el
primer libro de

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA,

LOS HIJOS DE NADIE,

¿no es verdad?

Pues mucho más le gustará
é interesará á Vd. el próximo
libro cuyo asunto
causará sensación.

Éxito jamás alcanzado

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 71

25 cts.



EL
DUODÉCIMO
MANDAMIENTO

por
Ethel Clayton
Filmoteca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 71

EL DUODÉCIMO MANDAMIENTO
por ETHEL CLAYTON

PARAMOUNT PICTURES

Programa AJURIA

Concesionario: IIIII SELECCINE, S. A.
Ronda Universidad, 14. - Entresuelo — Barcelona

Argumento de la película de dicho título

“No gastarás más de lo que ganes”

He aquí un mandamiento extra-oficial que no tienen en cuenta una crecida parte de los mortales; es un mandamiento que, si bien no es *capital*, no por eso carece de *interés*.

Es lo que vamos á demostrar.

En una pequeña ciudad del Oeste, á mil millas de Nueva-York, vivía la familia Kip, rodeada de todas las comodidades que estaban á su alcance y algunas más, pues la señora Kip desconocía por completo nuestro simpático mandamiento.

Roger Kip, jefe de la familia, hizo en vano grandes esfuerzos para asegurarse una holgada posición financiera.

La señora Kip, esclava de las vanidades del mundo, halló siempre un fútil pretexto para reducir el pequeño capital que su esposo logró acumular tras largos y penosos esfuerzos.

Daphne, hija del matrimonio, seguía á ciegas los pasos de su madre.

Por aquel entonces, Daphne tenía puesto su mayor interés en Clay Winburn, un joven neoyorkino.

Cierta tarde, en vísperas de partida para su país, el aludido joven visitó á su pretendida y se arriesgó, sin pensarlo mucho, á darle un beso, el primero real, pues pasaban de los mil los que imaginariamente le había dado.

Y Daphne enfadóse mucho.

Arrepentido, Clay se disculpó con vehemencia:

—Daphne... te quiero... perdóname, pero te quiero atrozmente—la dijo.

Y fué desapareciendo la seriedad del rostro de la besada.

Porque Clay, más que nunca, le hablaba de su amor.

—¿No puedes tratar de quererme un poco, Daphne?—la imploraba él.

—¡No puedo!—replicó categóricamente ella.

—¡Oh! ¿Es posible?...

—No puedo... porque hace ya tiempo que te quiero.

—¡Oh, Daphne, cuán feliz soy! ¿Por qué me hiciste esperar tanto este instante supremo con tu aparente frialdad?

—¿No lo comprendes?... Para que tu cariño, si era sincero, fuese inmenso, sólo mío.

—Siempre lo fué, vida mía, y ve la prueba, tómala, bésala, cree en todo lo que significa, y

pronto las puertas de la dicha sin par se abrirán para nosotros.

—¡Por Dios, Clay, qué rápido eres! Tenías preparado el anillo de compromiso como si estuvieras convencido de que yo estaba próxima á caer.

—El corazón no engaña.

—¿Sabes que la sortija es de muy buen gusto?

—Pues no es más que un palidísimo reflejo del que tuve al elegirte. ¿Estás contenta?

—Mucho más, Clay mío. Esperaba tu declaración en tono tan terminante como el que has empleado.

—Y yo que pensaba... Torpe, tonto de mí... ¡Qué feliz, qué feliz me haces! Juntar mi rostro al tuyo, así, mujer divina, contagiarme de tu ilusión bajo el tibio contacto de tu piel, era mi más caro sueño.

—¡Y pensar que esta es la última vez que te voy á ver, por mucho tiempo!

—No será larga nuestra separación, pues ardo en deseos de que seas mi mujer. Tres meses á lo sumo. Si de mí depende, menos procuraré que sea. Durante mi ausencia, tú sabrás en qué ocuparte. Y así con la fiebre del deseo, se acortará la distancia y llegaremos á la meta de nuestro mutuo anhelo con ansias locas de no separarnos, después del enlace, en jamás de los jamases.

—Sí, Clay.

—Y ahora mismo, si me lo permiten, deseo formalizar nuestra promesa con tus padres. Partiré mañana y considero necesario dejar arregladas mis cosas aquí. ¿Te parece?

—Ven esta noche á cenar con nosotros; de aquí á entonces los prepararé para comunicarte la noticia.

- ¿Crees que estarán contentos?
 —Me imagino que sí.
 —¿Y que no adivinaron ya este final de nuestra amistad?
 —Si lo presentáramos nosotros, ¿no iban ellos á verlo al trasluz de nuestros sentimientos?
 —Estoy asombrado, Daphne. Y te confieso, sin reparo alguno, que mi amor es tan grande que él hasta ahora me cegó, atemorizándome



—...Juntar mi rostro al tuyo, así...

ante la idea de lo difícil que sería vencerte á ti y penetrar en el afecto de tus padres.

—Sin embargo, tu timidez no te impidió que te pasaras de listo...

—¿Lo dices por el beso?

—Ja, ja, ja. Si no llegas á ser apocado...

—Daphne, hermosa mía...

—Me dió la risa... Ja, ja, ja.

—Mírame, mírame Daphne...

Siguió ella riendo... prolongando con intención la risa cantarina...

Y, bruscamente, cesó la prometedora algarabía...

Y, segundos después, una voz rumoreó:

—¡Atrevidote!... En los labios...

Clay regresó á Nueva^{**} York.

Cartearonse Daphne y él.

Y á su debido tiempo, presentóse el problema del equipo de la novia.

La caja, ó sea el padre, fué requerida para solucionarlo. Pero el presupuesto era crecido, exagerado para que los fondos existentes lo aceptasen sin protesta, promoviéndose la consiguiente discusión entre las dos partes en juego.

—Os vuelvo á decir que no podemos gastar tanto dinero. Estudiaré lo mejor posible este asunto; pero no contéis ni con la mitad de la suma que me pedis—manifestó el padre á las dos mujeres.

—Es preciso que me complazcas, papá. No creo que me pongas en ridículo privándome de cuanto me es indispensable.

—No te apures, hija. Tu padre siempre da demasiada importancia á estos asuntos de dinero; pero ya sabré yo arreglármelas.

—Déjalo de mi cuenta—la dijo su madre, echando una mirada recriminadora á su esposo.

En ese momento, llegó una carta dirigida al fastidiado padre. Leyóla éste y, después de su lectura, exclamó:

—¡Es de Bayard! ¡Se ha casado!

Pasmáronse madre é hija.

¿Bayard casado? ¡Quién iba á pensarlo! ¡Y sin avisar!

—Verdad es que ha sido una sorpresa esto de la repentina boda de mi hijo, pero más vale así—dijo el señor Kip—, porque me ahorro el regalo de boda.

—¿Hasta tal extremo llega tu mezquindad tratándose de intereses?—preguntóle hostilmente su esposa.

—Quiero decir que así quedará más dinero para el equipo de Daphne—se apresuró á añadir el señor Kip para evitar la prosecución de la disputa que le disgustaba sobremanera.

Madre é hija se separaron del esposo y padre respectivamente, ésta con cara tristonja y aquélla alentándola á no perder la esperanza de obtener cuanto la hiciera falta para lucir el día de la boda como le correspondía.

En Nueva-York, durante este tiempo, Bayard Kip hacía sus preparativos para emprender un viaje de negocios para Europa.

Le acompañaría su esposa, el *angelito* con quien se había casado precipitadamente para poder hacer el viaje juntos. Se llamaba Lelia, y como sabía que era hermosa tenía especial predilección en ocuparse de su ropero en el que la moda imperaba siempre.

Lelia era doblemente feliz al partir para Europa con Bayard. El viaje significaba la luna de miel y la renovación completa de sus vestidos en el viejo continente.

Antes de marcharse de América, Bayard dirigió el siguiente telegrama á su hermana:

Acabo de ver á Clay. Felicidades. Lelia y yo encantados. Ven á Nueva-York á comprar tu equipo. Puedes vivir en nuestra casa mientras estamos en Europa. Abrazos. Bayard.

Como se habrá visto, Clay y Bayard eran amigos, buenos amigos. El primero había puesto al corriente al segundo de sus relaciones con Daphne, gustándole mucho la noticia al hermano pues sabía que Clay era un joven de todas prendas.

La invitación de Bayard fué inmediatamente aceptada por Daphne y su madre, y en seguida recabaron la autorización para la marcha á la ciudad, del señor Kip.

Las dos mujeres con razón temían que éste opondría ciertos reparos en complacerlas, pero no suponían que su ruego le sacara de sus casillas en la forma brusca que lo hizo.

Y era que el señor Kip no podía sufrir el carácter irreflexivo de su mujer y de Daphne, á quienes, porque jamás hicieron estudios de contabilidad, parecía serles indiferente la paradójica verdad: *las sumas restan*.

Repitióse pues la desagradable escena de la discusión sobre intereses.

—Roger: Daphne y yo hemos decidido aprovechar la oferta de nuestro hijo, para ir á la ciudad y encargar allí lo que su próxima unión con Clay exige que adquiera. ¿Tienes algo que decir á ello?

—Pero, ¿os habéis figurado que yo soy una fuente inagotable de dinero? ¿Queréis agotarme la paciencia con vuestros intolerables caprichos? ¿Tenéis seso ó no? Estoy fastidiado por las numerosas obligaciones que agobian mi vida comercial, y vosotras añadís plomo á ese peso. Se acabaron las contemplaciones. Dejadme vivir tranquilo y por de pronto os prohibo que os mováis de mi lado y exijo,—había de llegar un día que me viera precisado á hablaros así—, exijo, digo, que os amoldéis al

género de vida que pertenece á nuestra situación, que no pasa de modesta, y que me ayudéis á llevar la casa, con vuestra buena administración, en vez de abandonarme á mis apuros como lo habéis venido haciendo hasta ahora. He dicho... y ni una palabra más.

—Está bien, Roger; pero he de contestarte que se trata del casamiento de nuestra hija y que no es ahora oportuno salir con esas fra-



—Pero, ¿os habéis figurado que yo soy una fuente inagotable de dinero?....

ses que más que, una revelación de crisis en los asuntos, son para nosotras un indicio de la poca atención que aportas al paso trascendental que va á dar nuestra hija. Hablas de exigencias y olvidas que hay otras que actualmente se imponen á las demás.

—Para casarse, Daphne no tiene ninguna necesidad de ir á Nueva-York á gastar dinero

en viajes, pensiones y otras frioleras. Que prepare sus cosas aquí, y á la buena de Dios.

—Eres incomprensible... Hasta me parece imposible que seas así...

—No os enfadéis, mamá... Papá lo pensará, porque lo ha de pensar, mejor. ¿Verdad, papáito?

—No, hija, no; me sabe mal, créeme, no complacerte. ¡No es posible!

—Yo ya sé que no conviene gastar ahora. Pero es necesario, papá, que vaya á Nueva-York. Allí está Ciy. Se pondrá muy contento al verme. Mi equipo de novia será más bonito comprándolo allí... y tal vez más barato que en este lugar. Te prometo que no gastaré más dinero que el preciso. Además, ya pronto dejaré de serte una carga.

—Hijita, consentí siempre en tus deseos, pero hoy las cosas...

—¿Serás capaz de negar eso á tu hija, que tanto te quiere?

—Yo quisiera que tú fueras muy feliz, no lo dudes, niña. Pero, ¿no lo comprendes? ¿Siempre estamos gastando hoy lo que esperamos ganar mañana?

—Sé aún benévolo esta última vez. Sí, papá. Tú siempre has sido muy bueno conmigo.

—Quizá lo haya sido demasiado porque no he sabido negaros nada y ahora no os queréis acostumbrar á oír mis quejas. Sin embargo, no voy á darte motivo de tristeza por mi causa: cedo, hija, cedo por tí, por tu dicha, que es la mía. Tú no sabes lo que esta victoria tuya sobre mí representa en realidad. Es que mi cariño hacia tí no tiene límite... pero sé sensata, te lo pido, te lo imploro.

—Gracias, papá. Ya sabía yo que aceptarías.

Eres magnánimo y soy la más venturosa de las mujeres. Tengo unos proyectos... Clay debe ser rico; parece que nunca ha dado importancia á lo que gasta... Tendré una casa muy bonita, tú vendrás á visitarme, y allí olvidarás todas las estrecheces de dinero.

—Qué tú seas dichosa, nena; lo demás... es lo de menos...

Vencida la resistencia paterna, á primeros del mes de Junio la señora Kip y su hija se instalaron en casa de Bayard, una de las infinitas habitaciones de uno de esos colosales edificios neoyorkinos.

Clay fué á recibirles á la estación y las condujo á la citada casa.

Daphne quedó maravillada ante la riqueza del mobiliario y la amplitud de las piezas.

—¡Oh, Clay!—exclamó ella—. Cuando nos casemos, pondremos una casa como esta.

—Es muy bonita, lo reconozco...— contestó Clay—. Por esta casa, tu hermano paga tres mil quinientos dólares de renta anual, y...

—No es un precio exagerado; bien lo vale—añadió ella.

—Sí... claro... es espaciosa... reúne inmejorables condiciones de ventilación... No obstante, un rincón en cualquier parte tranquila bastaría para que tú fueses una reina y yo te amase con toda mi alma.

—¿Serías capaz de llevarme á vivir á la cima del Himalaya?

—Donde fuere; allí donde mis palabras fuesen más rectas y más enteras á tu corazón.

—Calla, calla, adulator.

Clay había hablado en serio, aunque con palabras imprecisas, y Daphne no supo adivi-

nar lo que se ocultaba tras ellas y que la hubiese sorprendido.

La señora Kip y su hija visitaron varias tiendas é hicieron algunas compras. De regreso á la casa de Bayard, Daphne repasó la nota de las adquisiciones, que era la que sigue:

3 sombreros, 2 mantelerías, 3 vestidos de noche, 6 vestidos de calle, 20 pares de medias de seda, 20 pares de medias de hilo, 6 pares de zapatos, 3 saltos de cama, 30 camisas, 30 pantalones, por un total global de 2232 dólares.

Aunque parezca inverosímil, no satisfizo á Daphne la anterior relación; eran insignificantes las cantidades para cada artículo. Y soltó su malhumor á su madre:

—Me voy convenciendo de que Clay tendrá que aceptarme, tal como estoy. ¡No faltan pocas cosas aún!...

—Yo no me preocupo por Clay, sino por lo que puedan decir los invitados á la boda, sobre todo, nuestros vecinos del pueblo.

La vanidad—defecto en la madre, y basada la hija en la riqueza de Clay—las desasosegaba y cada vez hacían menos caso de las justas observaciones del demasiado tolerante señor Kip.

Más tarde, durante todo un mes, Daphne dejó de ocuparse de las tiendas y se dedicó á recorrer Nueva-York en compañía de Clay, quien uno de los días la llevó á cenar al Hotel más lujoso entre los de primer orden.

**

Daphne y Clay se sentaron á una de las mesas del restaurant de moda y mientras el camarero comunicaba á la cocina el menú que ellos escogieron, un pollo «bien», Thomas Varick Duane, muy conocido por la sociedad que fre-

cuentaba los clubs neoyorkinos, se fijó en Clay, uno de sus tantos amigos, y después de Clay en Daphne, gustándole extraordinariamente.

Daphne notó las miradas que Thomas la dirigió á continuación del saludo que hizo desde su mesa, á Clay, y preguntó á éste con los ojos quién era aquél.

Clay, indiferente, la complació.

—He leído mucho de él en las notas de sociedad—dijo, luego, ella.

Todo eso fué rápido y después, Thomas, deseoso de ser presentado á Daphne, se levantó de su mesa para ir á estrechar la mano al amigo.

Clay, que conocía la pedantería de Thomas y sus pretensiones de hombre interesante para las damas, disimuló la poca gracia que le hacía su intromisión en la tranquilidad que disfrutaban Daphne y él, y no tuvo más remedio, á su pesar, que hacer la presentación.

Satisfecho de haber logrado su objeto, y gratamente sorprendido por la risueña acogida que le dispensó Daphne, Thomas, amable hasta la exageración, trató de prolongar, hasta el máximo posible, la plática con Clay... y sobre todo con ella y al lado de ella.

Y les dijo:

—Estoy esperando, para cenar, á la famosa primera actriz Sheila Kemble. ¿No quieren ustedes sentarse á nuestra mesa?

Tal vez Daphne, por la vanidad de conocer á una celebradísima figura del teatro, hubiese aceptado la invitación; pero Clay, que no era de su mismo parecer, contestó á Thomas sin circunloquio alguno, resultando la réplica muy

brusca, que no estaban ellos mal donde estaban.

Thomas se tragó el chasco del celoso Clay, y como si ya fuera práctico en salir de esas situaciones sinónimas de despedidas sin honores, le sonrió sin rencor, sí con malicia, y arguyó:

—Está bien, Clay... Ya me doy cuenta de que estorbo, y me voy.

Seguidamente, Thomas volvió á su mesa.

Daphne no dijo una palabra referente á lo sucedido, y mudamente agradecía los celos que su amor por ella encendía en el corazón de Clay. Sin embargo no le gustaría, y procuraría combatirle ese defecto con apariencias de cualidad, que no pudiera dar un paso más de los que él quisiera, como suele decirse.

La cena, platos finos, fué suculenta; pero el importe casi echó de espaldas á Clay. Si bien no se vino al suelo del susto, pasó por el apuro de tener que vaciar sus bolsillos de las monedas que reposaban en su fondo, para reunir el total á pagar, llegando incluso, ante el temor de quedar sin un céntimo, á indicar al camarero que le cargaba de más por el melón que había encargado, y cuyo precio había visto en la carta, recibiendo esta deseconsoladora explicación:

—El melón que me pidió el señor, se había terminado, señor. Le servi al señor un melón francés que cuesta tres dólares en lugar de uno, señor.

Daphne se figuró que su novio había reclamado para darle un detalle de su saber vivir.

Entretanto, Bayard y Lelia volvían de su viaje á Europa, antes de lo que ellos mismos esperaban, encontrando en su casa, acostada

y semejante á un adefesio—por los papelitos que llevaba en el pelo para rizarlo y los trapos de pomadas que cubrían diferentes puntos de su rostro para hacer desaparecer las arrugas—, á la madre de él.

Lelia, que no la había visto aún, como á nadie de la familia de su esposo, tuvo cierto reparo en abrazarla, para que no se le pegara la grasa en su finísimo cutis. No obstante, para no dar un desprecio á su esposo, se acercó á ella y se dejó besar.

A Daphne la encantaba rodar en coche, y al salir del restaurant supuso que, como otras veces, Clay llamaría un auto.

Pero él no respondió á sus deseos, pues la dijo así:

—¿No te gustaría más ir á pie?

—Me molestan mucho estos tacones tan altos y te agradecería que tomásemos un coche—le respondió ella.

—Es imposible, Daphne—la manifestó Clay—, porque no llevo dinero. Lo invertí todo en la cena y en poco estuvo que no pudiera liquidar la nota.

—¿Y eso qué tiene que ver, hombre! ¿Por qué no has pedido un préstamo á ese Thomas Varrick, tu amigo, haciendo una broma de lo ocurrido?

—Porque no ha sido una broma.

—Todo lo arreglas con ir mañana al Banco.

—¿Al Banco? Sí... desde luego... mañana responderé fondos... Pero, ahora, lo que interesa son tus pies; de modo que vamos á alquilar un auto. Ya pediré el dinero prestado en algún lado.

Después de este diálogo, Clay dejó por un momento sola á Daphne en la calle, y entró en

un establecimiento donde tenía ciertas amistades, para pegar el obligado sablazo al primero de sus conocidos que se le presentase.

Y Daphne, sorprendida, se dió cuenta, por primera vez, de que Clay no era lo que ella se había figurado, es decir, un joven rico, sino uno de esos empleados del comercio de más ó menos categoría con un sueldo fijo más ó menos regular.

La decepción fué grande; pero ¿podía ésta influir en sus verdaderos sentimientos? No, por cierto, pues ella le quería, y más le quiso aún cuando comprendió que para no privarla de ningún gusto, Clay había gastado buena parte de sus ahorros durante el mes que ella llevaba de estancia en Nueva-York. Lo único que se le podía reprochar, era el haber ocultado su verdadera situación de fortuna hasta que la casualidad quiso, aquella noche, que ella adivinara la verdad.

Al poco rato volvía Clay, y, gracias al bolsillo de otro, condujo á su prometida á casa de Bayard, en auto.

El hermano de Daphne les recibió con grandes muestras de alegría; y los presentó á su esposa.

Daphne, que ignoraba el regreso de los recién casados, exclamó asombrada:

—¿Cómo fué esa vuelta tan repentina?

—Gastamos todo el dinero, y no hubo otro remedio que volver en seguida—confesó Bayard.

—¡Chico, qué esposa tan linda tienes!

—Lo mismo digo á Clay de tí, para cuando seas su mujer. Y me alegro de que eso sea pronto como me lo ha confirmado mi madre.



—Para casarse, Daphne no tiene ninguna necesidad de ir á Nueva-York á gastar dinero en viajes, pensión..

—Sí, Bayard, en breve te voy á tutear como cuñado...—intervino Clay.

—Por si ello puede adelantar vuestros proyectos, pensad en que aquí tenéis, en Lelia y en mí, á los dos mortales más felices de la creación.

—Oye, no me endulces más la boca, que luego no voy á poder dormir—le respondió Clay—. Y por hoy os dejo. Estaréis fatigados del viaje y debéis desear acostaros. A Daphne también le conviene descansar ¿no es verdad...?

—¿Qué seca es la pregunta, Clay! Dime, ¿cómo os llamáis? ¿Bien mío, cielo mío, caramelo de mi vida, alma de mi alma, etcétera, etcétera?

—Quita, hombre, quita... Hasta mañana.

—Buenas noches. Adiós, Clay, adiós.

Daphne acompañó á Clay hasta la puerta del piso, y al separarse se dijeron, muy bajito para que no les oyeran los otros:

—Hasta mañana, Daphne de mi corazón.

—Hasta mañana, mi Clay.

Al día siguiente comenzó de nuevo el ajetreo de las compras de la señora Kip y Daphne, y Lelia se encargó de dirigir la expedición.

Mientras las mujeres se extasiaban ante los más vistosos modelos de vestidos en una casa de modas, Bayard, en su despacho, recibió el telegrama siguiente:

“Casa Cowper declaróse quiebra. Significa nuestra ruina.

Dí madre y Daphne no compren más y vengan casa. Tu padre.”

La noticia de la crítica postura en que la suspensión de pagos de uno de sus clientes ponía á su padre, afectó hondamente á Bayard, más aun al pensar que él era el emisario de la misma cerca de su madre y hermana.

Contrastando con la realidad, Daphne, habiéndose enamorado de un magnífico vestido de *soirée*, se dejaba tentar por la ilusión de adquirirlo.

El modisto, astutamente, le ofreció abrirle una cuenta á pagar cuando mejor le conviniera. Ella contestó que su papá no querría que lo hiciese. Entonces el comerciante, que por Lelia sabía que Daphne era cuñada suya, añadió, previa mirada á la primera pidiéndole su aprobación:

—Se podría cargar en la cuenta de su hermano.

Daphne se negaba aún, á pesar de que su madre le aconsejaba que aceptase la oferta, porque cargando ciertas compras á Bayard, prometiéndole pagárselas más adelante, ocularian al señor Kip, la verdadera cifra de gastos, para no disgustarlo demasiado, y se reservarían para más adelante, aprovechándose de la emoción de los últimos días para la boda, el pedirle dinero con cualquier pretexto y saldar lo pendiente.

No obstante todo ello, Daphne no parecía dispuesta á seguir derrochando, en primer lugar porque acudía á su mente el recuerdo de que Clay no podría soportar extravagancias incompatibles con su posición social, y en segundo lugar para no endosar á su hermano, que no pasaba de ser un mediano comisionista, además de las de Lelia,—que por lo visto no prestaba atención al importe de sus caprichosos atavíos—, sus facturas. Mas Lelia misma le aseguró que Bayard no se opondría á complacerla y que por consiguiente haría mal en no quedarse con el vestido que tanto la encantaba. Puede decirse que Daphne fué puesta en

cerco por su madre y por Lelia; y al fin rindióse, avivados sus deseos de adquirir la preciosa prenda.

Al salir del establecimiento de modas, las tres mujeres, Daphne la primera, cedieron el paso á una distinguida persona que las cruzaba, presentándoseles casi al mismo tiempo Thomas Varick Duane, el pollo «bien» de marras, quien después de saludarlas, dijo á Daphne:

—Qué placer volverla á ver, señorita. Adivinando su curiosidad, me permití acercarme. Esa, á quien usted y estas damas que la acompañan, miraban, es la famosa actriz Sheila Kemble, con la que tuve el honor de cenar anoche. ¿Recuerda? Se parece usted mucho á ella... pero usted es mucho más bonita.

—Muchas gracias por la comparación, que me agrada. Tengo mucha afición al teatro; puede suponer entonces como me halagan sus palabras, aunque no sean más que una fineza. De todos modos, ya que la casualidad ha querido que hablásemos de arte, ¿cree usted que yo tendría éxito en la escena?

—¡Quién sabel... No sería difícil. Si quisiera, si su ilusión alcanza ese punto, hacer la prueba algún día, me pongo á sus órdenes: por mis relaciones podría proporcionar á usted una oportunidad. He aquí mi tarjeta. Pero no creo que Clay se aviniera...; no puede sufrir que la miren ó es que tal vez ayer no estaba de humor para los amigos...

—Eso sería... Le agradezco sus datos y dispense mi liberbad; me arrepentiría de haber abusado...

—Usted no tiene más que mandar, señorita.

He tenido tanto gusto... Señoras, á los pies de ustedes...

De regreso en casa de Bayard, Daphne, su mamá y Lelia, enteráronse por boca de él de la desgracia sobrevenida al señor Kip

Daphne afligióse mucho, comprendiendo los malos ratos que había pasado el buen padre y complaciente esposo; la señora Kip no dió tanta importancia como ella al grave caso. Todo le parecía de fácil arreglo... porque jamás tuvo preocupaciones. Sin embargo, la invadió también la tristeza, que á todos embargaba.

Bayard rompió el silencio:

—Ha sido un fuerte golpe para nosotros, pero gracias á Dios, yo he podido mantenerme libre de deudas; si mi padre necesita de mí, le ayudaré cuanto pueda —dijo.

Y añadió, dirigiéndose á Lelia:

—Gran suerte es para mí el tenerle á mi lado, precisamente cuando más falta me haces.

En medio de la meditación general, ocurrió un hecho inesperado: el modisto había hecho mandar á Daphne y á Lelia, sus vestidos.

Bayard, á la vista de las cajas que contenían éstos, se figuró era algún regalo atrasado, y aunque Lelia intentara impedirselo, abrió una de ellas. ¿Cuál no sería su asombro ante la verdad que cantaba la siguiente factura: "*Por un vestido de encaje negro para la señora Bayard Kip (ó sea Lelia). Dólares 285.*"?

Justamente indignado contra su esposa, por su monomanía en gastar por gastar, la manifestó:

—No consiento que abras cuentas en ningún lado... Yo no pago eso.

Lelia se puso á llorar, como si con su atinado razonamiento Bayard la hubiese herido en

el alma, y si no con palabras le demostró con un gesto muy opuesto al consejo de la epístola de San Pablo, en lo que atañe á la obediencia que la mujer debe al marido, su resentimiento, encerrándose en la habitación conyugal, dándole, por decirlo así, con la puerta en las narices.

Atento en aquel momento á las nuevas obligaciones contraídas por Lelia, pues suponía que también la segunda caja significaba otros despilfarros suyos, la abrió.

Y su asombro fué todavía mayor, al leer esta otra factura: "*Por un vestido para la señorita Daphne, 385 dólares*"

Si se portó duramente con Lelia, no se quedó corto Bayard con su hermana, con la sola diferencia de que no halló en ésta la ingratitud sino el arrepentimiento que presenta excusas.

Indudablemente porque pudo consolar su despecho en las excitadas reconvenciones que hizo á su hermana, Bayard volvió á su primitivo papel de enamorado, anteponiendo á todo la reconciliación con su esposa, á quien oía sollozar en su cuarto.

Daphne, verdaderamente acongojada por la repulsa de su hermano mayor, la que tenía la nobleza de reconocer muy merecida, asistió con desagrado á la escena de las paces entre Bayard y la fingida Lelia.

—Soy un bruto, nena mía—la decía él desde la puerta del cuarto—. Puedes comprarte todos los vestidos que quieras, pero déjame entrar.

Lelia, cuando le pareció bien, abrió. Bayard la hizo mil monerías para que ella le sonriese.

—Yo quería ponerme elegante... por tí—le

dijo Lelia, dejándose besar y simulando una pena que no sentía.

Y Daphne, que acababa de ver con ojos de mujer sensata, de cerca, la falsedad del mundo, sintió que en su alma se unía al remordimiento de su culpa la fuerza de la virtud. Cuando fuese la esposa de Clay, ¿sería ella también capaz de engañarle de aquella manera



...no se quedó corto Bayard con su hermana...

despreciable, para obtener lo que se le antojare?

No valieron ni la tentación de su madre para que guardase el vestido que Bayard, gracias á las artimañas sentimentales de Lelia, pagaría con el de ésta, ni la comunicación que de sus proyectos de asistir á fiestas y reuniones para lucir su toilette, le hizo su cuñado, para torcer su propósito.

Todo fué en vano; Daphne estaba decidida á

amoldarse al plano social en que le correspondía vivir, ese plano en el que su padre no pudo jamás conseguir que vivieran ella y su madre.

Trabajaría; no quería ser una carga para un hombre. Si lo había sido hasta entonces para su padre, iba á desquitarse.

Al día siguiente, mientras Lelia asistía, muy hermosa con su último vestido, á una *garden-party*, agasajada con extraordinaria insistencia por un tal Bertrán Wetherell, un hombre mundano y poco recomendable, Daphne recibió en casa de su hermano á Thomas Varick, quien, como se recordará, se había ofrecido á prestarle ayuda para colocarla en el teatro.

La entrevista tuvo lugar á solas, en el salón, y durante la misma Thomas prometió á Daphne que sería actriz y puso en evidencia, incorrectamente, equivocándose en colocar á Daphne en el mismo nivel que ciertas ilusas, sus arriesgados intentos de recompensa de ella para sí mismo por sus gestiones que serían, á no dudarlo, coronadas por el éxito.

Daphne trazó, tras una discusión con él, el límite de su amistad, consistente en simple amistad, sin derechos de ninguna clase sobre ella por tal ó cual favor que pudiese recibir gracias á su influencia. Thomas, se disculpó con habilidad de consumado galanteador. Y fué así como Daphne aceptó que la buscasen un contrato en una buena compañía de artistas dramáticos.

Para desligarse de compromisos en el cambio de su vida, Daphne devolvió el anillo de prometida á Clay, poniéndole al corriente de su inquebrantable decisión de no casarse con él, si él no la olvidaba, hasta que no pudiera

soportar por sí misma la mitad de los gastos.

Clay interpretó de modo distinto el despido de Daphne, convencido de que la protección que Thomas la brindaba no era más que un subterfugio para hacerle la corte.

—Lo que tú hacés conmigo está muy mal, Daphne—la dijo—. Y preferiría saber la verdad ahora mismo. ¿Nueva-York te ha demostrado que yo soy un satélite insignificante entre esos astros de sociedad como Thomas Varick, no?

—¡Te equivocas, Clay! Y siento que no me comprendas. No me guardes rencor. Si me amas como yo te amo, sabrás esperar el día en que pueda aceptar, definitivamente, el anillo que hoy, porque es preciso que así sea, te devuelvo.

Cuando una idea llega á dominarnos, ¡cuán inútiles son los esfuerzos que hacemos para reconocer que estamos en un error!

Eso fué lo que sucedió á Clay; según él, Thomas le quitaba la novia. Y de la antipatía nació el odio hacia aquel farsante.

Daphne contra todo, contra la misma duda de Clay, que la había herido en su amor propio, contra los sermones de su madre que la creía loca, sólo animada por la fuerza de sus convicciones, se preparó á hacer su primera tentativa.

La señora Kip regresó al lado de su esposo, agraviada con su nuera que un día, sin sospechar ser oída cuando disputaba—cosa que ocurría á menudo—, con Bayard, pronunció ciertas palabras desagradables refiriéndose á la estancia en su casa de Daphne y ella, y por su parte Daphne también se marchó de la casa de su hermano, alquilando un cuarto en el

piso de arriba, habitado por un matrimonio de edad.

Bayard sintió mucho la partida de su madre y la separación de Daphne, sin enterarse del motivo—porque ellas quisieron evitarle un nuevo disgusto con Lelia, á quien tampoco le dijeron una palabra de lo que habían oído—.

Llegó el día de la prueba del temperamento artístico de Daphne.

Fracasó. Esta palabra lleva en sí todo el significado de la vergüenza y dolor por que pasó Daphne cuando eran más firmes sus esperanzas.

Era preciso colocarse en cualquier sitio para ganar algo. Sus recursos iban agotándose y no encontraba trabajo. No era para menos de estar triste. Y para colmo de su desventura, el matrimonio se marchó á pasar unos días á su pueblo, quedando ella sola en el piso.

Una noche en que su aburrimiento era más insoportable, Thomas la invitó á cenar. Ella aceptó aunque sólo fuera para sentirse aún vivir.

Cenaron en un lujoso restaurant. No faltaron las insinuaciones tenorioscas de Thomas—muy constante en sus anhelos—, oportunamente desviadas por Daphne.

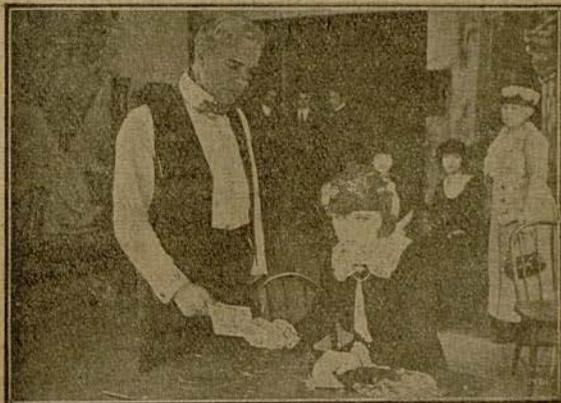
Precisamente aquella noche, Clay no pudiendo resistir más á la voz de su corazón, decidió á hacerse perdonar por Daphne é implorarle que renunciase á otro género de vida que el que él podía ofrecerla.

Inevitablemente, Clay vió llegar á Daphne en compañía de Thomas; y los celos, avasalladores, rugientes, pudieron más que la cordura, promoviendo un altercado entre los dos hombres.

—Eres un canalla, Thomas, y no te toleraré esta burla. Te exijo que dejes en paz á esta mujer—le dijo Clay.

—Escucha, Clay, estás en un error—le contestó, intranquilo, Thomas—. Yo me he limitado...

—No necesito saber tus embustes. Repito que eres un indecente, un sinvergüenza y de-



Fracasó.....

seo demostrarte que no soy lo que tú te has figurado. ¡Cobarde!

—No seas idiota. Aquí, en la calle, no podemos reñir.

—Porque temes por tus ropas, farsante indecoroso.

Daphne intervino, evitando la inminente lamentable consecuencia de aquella acalorada disputa. Thomas marchóse. En cuanto á Clay, Daphne lo retuvo. Y habiéndole también en-

señado la vida que no se juega con el corazón de un hombre, se prestó, infinitamente agradecida, á las paces, volviendo á ser novios pero comprometiéndose á no hablar de casamiento hasta que ella pudiese cumplir la condición que ella misma se impusiera, ó sea, aportar la mitad de los intereses.

Llegó un momento ^{***} en que Bayard no pudo menos de reconvenir á Lelia por su trato con el mundano Wetherell, prohibiéndola el volver á saludarle jamás.

Clay partió hacia el Sur, encargado de realizar importantes negocios. Si conseguía cerrar ciertos contratos, podría casarse con Daphne cuando volviese dentro de algunos meses.

El carteo entre ésta y aquél fué numeroso. Daphne, en vista de que Clay le comunicaba noticias cada vez mejores, se decidió, deseosa de casarse pronto, á triunfar en algo, antes de que él regresara.

Vendió sus joyas, valiosas por cierto, compradas en los espléndidos tiempos de su padre, y abrió una tienda de equipos de novia en colaboración con la señora del piso en que vivía, hábil modista que trabajaba en casa para varios establecimientos de lujo.

La suerte parecía querer favorecer los desvelos de Daphne y su tienda tuvo, sin mucha dificultad, paulatinamente, una buena clientela.

Un día, al regresar á su casa, Daphne vió á su cuñada, con quien tenía los menos tratos posibles y cuyo marido, atareadísimo, no podía ocuparse mucho de ella, y se detuvo á hablar en la puerta de la calle.

—He aceptado la invitación de ese caballero del auto. Vamos á comer á Buenavista—le

dijo Lelia, señalándole á Wetherell, á quien Daphne conocía, de nombre, por su hermano, recordando ciertas palabras entre éste y su mujer, que ahora comprendía con toda claridad.

Y deseando salvar á su cuñada del peligro á que se exponía aceptando la compañía de aquel hombre, Daphne tomó una rápida resolución:

—Yo también necesito un poco de aire fresco... Voy con vosotros—la dijo.

La idea de Daphne no podía ser rechazada, á menos de demostrar rotundamente que lo que querían Wetherell y Lelia era estar solos.

Comieron, pues, los tres juntos.

Y al volver á casa, Wetherell, molestado por la inesperada compañía de Daphne, desató su furia contra el automóvil, volcándose el coche en un viraje demasiado brusco, resultando muerto Wetherell y gravemente heridas Lelia y Daphne que fueron conducidas al hospital.

El caso era muy comprometido. Si Lelia refería á Bayard la verdad, era de suponer que la duda de que esos paseos de su esposa y el mundano, por las afueras de la ciudad, se repitieron muchas veces más, levantaría una valla en su corazón después de desterrar de él, completamente, á la supuesta culpable.

Y Daphne, sacrificándose por la tranquilidad de su hermano, salió en defensa de Lelia:

—Bayard, no debes culpar á Lelia: la culpa fué mía. El difunto señor Wetherell me llevó á dar un paseo, y nos encontramos con tu mujer.

Lelia, al fin agradecida á Daphne, abrió los ojos á la luz de la rectitud.

Poco tiempo después, las dos cuñadas salieron del hospital amándose como dos hermanas.

El negocio de Daphne era cada vez más risueño, y le permitía el lujo de mandar dinero á sus padres.

La señora Kip también, por la fuerza de las cosas, reconoció su error en olvidar el duodécimo mandamiento, tan maravillosamente observado por Daphne.

Y Clay, vencedor, volvió del Sur, pasmándo-



La idea de Daphne no podía ser rechazada, á menos de demostrar...

se de comprobar que el espléndido negocio de su novia no era una fantasía.

Y la dijo:

—Ahora ya puedo sostenerte con desahogo; debemos casarnos cuanto antes, pero yo quisiera que dejaras esto.

—No acepto.

—¿No me quieres lo bastante, para darme esa satisfacción?

—Precisamente porque te quiero, creo que el verdadero cariño no consiste en andar matando el tiempo por ahí, y gastando más dinero del que tú ganes.

—¿Pero qué puede hacer una mujer de negocios... cuando llegue lo que puede llegar?

—Me parece que una mujer de negocios puede atender á las necesidades de sus hijos me-



—No acepto.

jor que muchas otras. Yo no creo que una mujer que trabaja, valga menos por ello.

—Está bien. Lo pondremos á prueba, Daphne.

—Siendo así, toma.

—¿Un billete? ¿Para qué?

—Esto es... para pagar la mitad del anillo de boda.

—Pero, mujer...

—Quizá lo esté llevando demasiado lejos;

pero yo quiero ser una mujer que juega limpio, sin engaños ni ficciones.

Luego se abrió una puerta, apareciendo la señora con la que vivía Daphne. Pero repentinamente giró sobre sus talones con precipitación, azoramiento y sin ruido, para no turbar el sueño del amor que brotaba con más fuerza que nunca entre las sedas de los equipos simbólicos...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Este número ha sido sometido a la previa censura miller

Próximo número:

MARUXA

Argumento de la deliciosa obra teatral de tan merecida fama. — Éxito rotundo.

Nadie dejará de adquirir este número, profusamente ilustrado.

Postal-fotografía:

Thomas Meighan

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa